

*Comunicación***La Geometría como metáfora de nuestras pieles****Aresta, Marco****marco.aresta@gmail.com**

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo. Instituto de la Espacialidad Humana. Buenos Aires, Argentina.

Palabras clave

Arquitectura, Morfología, Piel, Vivienda, Símbolo.

Resumen

Es común en la Arquitectura que hablemos de la “casa” como una tercera piel del ser humano. Considerando, claro está, que la primera piel es nuestra piel física y la segunda la vestimenta que usamos. ¿Y porque se asume importante esta metáfora? Esencialmente porque las tres pieles nos definen como seres individuales y en un contexto social, es decir, son morfologías que determinan la forma en como los demás y nosotros nos vemos.

Pero nos encontramos con la sensación que es un concepto limitado y que, además de la Arquitectura, la vestimenta y la epidermis, tenemos más pieles, lo que nos ha llevado a encontrarnos con las famosas cinco pieles del artista y arquitecto Hundertwasser¹. Él consideró que la primera de las pieles es la nuestra; la segunda piel la vestimenta; la tercera la casa; la cuarta piel es la identidad y la quinta piel es el planeta Tierra y su atmósfera. ¿Pero será que nuestras pieles, consideradas como grandes sistemas simbólicos que nos caracterizan, empiezan en la misma piel? Desde hace tiempo nos resultaba incompleta esta

¹ Artista de Viena nacido en 1928 se conoce con sus múltiples facetas, tanto de pintor, arquitecto, pensador, activista, diseñador. Conocido especialmente por su visión del mundo que contemplaba al ser humano como un organismo integrado en el contexto de la Naturaleza.

categorización. En primera instancia porque nuestro ser es entendido desde nuestro contorno geométrico hacia afuera, dejando al costado toda la dimensión interna a nuestra piel física; y por otro lado porque no se considera nuestro biocampo, materia intangible que nos condiciona y proporciona a su vez valiosa información.

En este artículo proponemos una breve descripción de las 5 pieles de Hundertwasser como punto de partida para proponer siete pieles, consideradas desde su importancia geométrica en la producción de sentido que define la identidad espacial del ser humano.

A la Arquitectura como piel le sigue, en impacto desde la forma y espacio, nuestro biocampo, el contexto de lugar y clima, nuestros hábitos socio-culturales y la misma atmósfera terrestre. Es en distintas capas o niveles de incidencia que la geometría actúa, como así también son varias las pieles del ser humano, considerando así la geometría como metáfora de nuestras múltiples pieles.

Concepto de Piel

El concepto de piel se expande además de la Arquitectura, empezando por nuestro cuerpo y propone interpretar al ser humano como un viajero en el camino sensorial por las formas y espacios que le corresponden y le circundan. El cuerpo no es solamente un repositorio de órganos o una herramienta para desplazar la mente, sino más bien el elemento axial que recibe y genera respuestas sensoriales al entorno. ¿Pero qué bordes y límites tiene nuestro cuerpo? ¿Cuál es el límite entre nuestro cuerpo y el mundo? ¿Cuántas pieles tangibles e intangibles podemos habitar?

Si efectivamente analizamos el complejo aparato sensitivo de nuestro cuerpo nos damos cuenta que la piel no es solamente una metáfora sino reducto de múltiples vínculos. La epidermis como borde contenedor y espacio de interacción, impone un límite tenue entre lo interior y lo exterior. Es borde indescifrable, sin escala moviliza nuestra percepción y promueve estímulos vinculares que nos definen, nos estructuran y nos condicionan.

Daniel Siegel (2007) refiere la importancia de obtener la “atención plena” a partir de nuestro múltiple sistema sensorial en un ida y vuelta entre el borde de nuestro ser y su relación con el entorno y el interior receptivo.² Tenemos la

² ver el artículo “Geometrias sustentables” de Marco Aresta, 2011 in: Jornadas de Investigación SI (FADU-UBA)

noción de que, aparte de los 5 sentidos, operamos con otros 4 sentidos en nuestro enlace con el medio. La forma de habitar tiene directamente que ver con la manera de estructurar el espacio y el tiempo con las geometrías que nos rodean y su impacto en nuestras “pieles”. Tal como dice Doberti: “habitamos siempre, habitamos todos, habitamos juntos” (2011).

Las sensaciones primeramente entran por nuestro cuerpo a través de nuestro aparato sensitivo transformándose en emociones, luego pasan directamente a nuestra mente, y esta tiene la capacidad e inmediatez de relacionarlo con lo que sea que se parezca y tengamos almacenado dentro de nuestra memoria, de forma de ponerle un nombre y poder describirlas (Damasio, 2011). Así que las sensaciones que tenemos corresponden a lo que tocamos, olemos, escuchamos, vemos, probamos, intuimos, desde el útero materno. Primero sentimos la geometría y luego la pensamos.

La geometría estructura nuestras conductas y sentimientos en base a conceptos teóricos, acciones vivenciales, valores simbólicos y, así, determina un proceso identitario evolutivo. Es posible analizar los elementos geométricos como signos en relación con su objeto o existencia en tres instancias. Es decir, el marco metodológico se encuentra inscrito en la interpretación de los procesos y condiciones de producción del universo signifiante inicial, icónico y simbólico tomando el enfoque de la semiótica triádica (Cfr. Peirce, [1839-1914]), a lo que le hemos llamado imaginativo, físico y simbólico respectivamente.

Por otro lado interesa saber que nuestra aprehensión del mundo y nuestra construcción de la realidad física, imaginativa y simbólica (Aresta, 2014: p.79) está más allá de los cinco sentidos pero si “es a través de nuestros cuerpos como centros vivientes de intencionalidad [...] que escogemos nuestro mundo y que nuestro mundo nos escoge a nosotros” (Pallasmaa, 2000)

Es con las múltiples “pieles” que configuran nuestro cuerpo y, como tal, nuestro ser, que constituimos la noción de espacio y de tiempo en la arquitectura. Así que trataremos el concepto de piel como metáfora poniendo en evidencia la geometría como construcción de sentido en espacialidades que tienen como borde las pieles. “Entender el diseño desde la metáfora de la piel es validar el cuerpo. Un cuerpo que, desde la piel, se caracteriza por la porosidad y la capacidad de contacto. La metáfora de la piel alude a esa visión relacional de la cual cada uno de nosotros forma parte” (Saltzman, 2019). La piel es algo que cubre, es el borde que protege.

Ahora bien, para definir estas múltiples pieles de nuestro ser tenemos que entender las geometrías que les son propias y el impacto sobre el ser humano.

Las cinco pieles de Hundertwasser

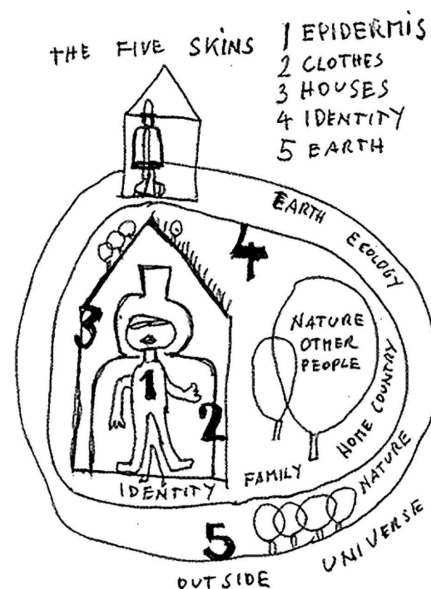
Empezamos por contextualizar nuestro pensamiento en relación a un antecedente. El artista de Viena Hundertwasser consideraba que el ser

humano no era una mera apariencia, estaba compuesto por cinco pieles que lo definían y que estaban relacionadas. Veamos mejor al detalle para luego poder proponer nuestra amplitud en relación a la misma visión. El artista austriaco muestra las cinco pieles como capas de cebolla, que interpretaba como la comunidad ideal (Figura 1).

La primera piel corresponde a la primera instancia de conciencia biológica, es decir, la piel en sí misma, la epidermis como frontera entre el exterior físico y nuestro interior. La primera piel es el envoltorio físico sensible de nuestros órganos vitales, ella misma, un importante órgano a la hora de recibir sensaciones que luego derivan en emociones y pensamientos procesados por nuestro aparato sensorial y neuronal respectivamente. La primera piel es la identidad física, como ente que siente frío y calor, consciente de nuestro cuerpo y del otro.

Esta es la dimensión física pero si hablamos de dimensión simbólica, la primera piel es la metáfora de la infancia, es decir, es ese lugar en el que vamos estructurando nuestra "persona" con nuestras virtudes y defectos. En esta piel podemos entender la importancia de los cambios hormonales, la identidad corporal en relación a la autoestima y salud manifestada al exterior como reflejo interno.

Figura 1: Men's Five Skins 1997



Hundertwasser en libro "Hundertwasser" de Rand Harry (2003)

La segunda piel corresponde a la ropa, a la indumentaria con la que cubrimos nuestra primera piel, la epidermis. Según Hunderwasser esta piel no tendría que estar subjetiva a la uniformidad, ni a la simetría de las prendas ni a la tiranía de la moda que crea absurdas necesidades al vestarnos. La

indumentaria nos define y nos caracteriza en términos sociales y, como tal, nos caracteriza y forma nuestra personalidad. Es nuestra imagen frente a los demás en un contexto social.

La tercera piel corresponde a la casa, al espacio vital que nos cobija y nos permite prosperar en confort y en armonía con el entorno natural. Para el artista austriaco un buen edificio tenía que obedecer a dos principios:

la armonía con la naturaleza y la armonía con la creatividad individual. Su objetivo o deseo es conseguir que el hombre pueda ejercer su derecho a vivir en espacios generadores de felicidad y en armonía con la naturaleza. Defiende el derecho del hombre a ejercer su creatividad en su hábitat. Un habitante tiene que tener derecho a salir a su balcón, a la fachada exterior que lo identifica y darle forma según sus preferencias, hasta donde su brazo llegue. (Silvia, 2021)

La cuarta piel es la comunidad, la conciencia colectiva que nos conforma como seres en un contexto social y cultural. En esta piel el símbolo asume un fuerte poder dado que todo se significa y toma sentido en base a una cultura. La identidad en relación al entorno social; tal como la familia, el barrio, el grupo de amigos; nos condicionan al punto que nos estructura simbólicamente en un contexto de pertenencia. Esta cuarta piel nos trae las historias, los hábitos, las frases, el humor que configura la identidad como una suma de todas las experiencias que perfeccionamos individualmente.

La quinta y última piel corresponde al entorno mundial, la ecología mundial y la humanidad misma. Pero también podemos considerar esta piel como la atmósfera terrestre y la gran cúpula celestial que nos envuelve y determina cómo borde de nuestro planeta con el universo.

Ahora bien, veamos donde la geometría está en estas pieles y como la morfología de cada piel se asume como metáfora de nuestro Habitar, al mismo tiempo que ampliamos el número de pieles existentes.

Las siete pieles de la Arquitectura

Las pieles de la arquitectura se estructuran como geometrías que definen morfologías, metáforas que definen simbólicamente nuestra idea de Habitar. Si no cuestionamos nuestros orígenes en términos de espacio y sus geometrías es difícil entender las morfologías que nos corresponden como seres humanos; así mismo es difícil si no consideramos las geometrías que nos cubren, envuelven, circunscriben.

Las pieles actúan como elementos protectores que nos cobijan del exterior. Las pieles también configuran nuestro interior delimitando y determinando un límite

morfológico, un habitar interno. Las pieles son también bordes de conexión entre el interior y el exterior. Las pieles son aún un elemento de identidad³.

Todas las “pieles” actúan como interfaces e interactúan entre sí conformando un todo complejo de significaciones que nos relacionan con el entorno y con los demás (Figura 2).

Figura 2: Las 7 pieles: 1-útero, 2-epidermis, 3-vestimenta, 4-biocampo, 5-vivienda, 6-entorno social, 7-bóveda celeste



Marco Aresta

Las siete pieles o interfaces nos constituyen como personas y nos ponen en relación con la sociedad y definen nuestra identidad como proceso cambiante. Así mismo es importante considerar todas las pieles en interacción entre sí y estructuradas desde lo más básico. Lo que establece una correspondencia y las significa entre sí es la geometría que en su condición de metáfora nos identifica a un consciente colectivo de formas y espacios.

³ La mencionada noción de ‘identidad’ se relaciona con un proceso de crecimiento de sentido, “entendido como el proceso mismo que evoluciona a través de un movimiento interpretativo constante, sea este consciente o no, y que produce de modo puntual esos enclaves socio-históricos que son nuestras identidades, esas formas singulares del ser en el mundo” (Andacht, 2008: 40). Según la idea de semiosis infinita, tal como lo concibe el pragmatismo, resulta factible considerar que entre signo y signo geométrico, los hábitos instalan una continuidad de sentido que va definiendo nuestra idea de espacio expresada por hábitos y creencias.

Es importante aclarar que la Geometría, no solamente como metáfora, es decir como lenguaje simbólico, sino también como elemento físico impacta en el sentir, pensar y hacer del ser humano. Cuando hablamos del impacto de la Geometría sobre el ser humano nos referimos a una instancia de orden físico, imaginativo y simbólico (Aresta, 2014: p.79). Esta noción en el marco semiótico es clave para entender de qué hablamos cuando hablamos de la geometría de nuestras pieles en la construcción de sentido.

La Primera Piel

La primera piel es el propio útero, límite ovalado de nuestro primer cobijo, borde que delimita la primera condición de espacio. Es en el útero donde iniciamos nuestro desarrollo y donde constituimos la primera noción de espacio. Desde luego ya habitamos siendo que el útero es el habitar primigenio del ser humano. Es el útero que nos empieza a moldear nuestra identidad, son las mismas paredes del útero que graban en nuestros dedos algo tan individual e intransferible como son nuestras huellas dactilares. Es nuestro cobijo, nuestra protección. ¿Qué más protegido que estar flotando dentro del útero, conectado a los vasos sanguíneos mediante la placenta para ser alimentados, con la temperatura y luminosidad óptimas. Con lo cual nuestro útero forma el imaginario espacial de un gran óvalo, superficie abovedada, al mismo tiempo que se configura simbólicamente como el gran cobijo, lugar de protección a lo cual queremos volver sea en la barriga de la ballena, en la panza del dragón o en la cueva. Esta añoranza por volver al útero nos lleva a la construcción de mitos que envuelven el “devoramiento” del héroe por la ballena. Esta idea de madre Diosa caníbal que nos atrae a su panza la encontramos en la personificación del “pez marino”, la ballena blanca Moby Dick que simboliza la muerte pero también el posible renacimiento al poder concretar su objetivo último de venganza y con eso transcender. La ballena pone de manifiesto la obsesión humana y los males a superar. Este ser que nos atrae a atraparlo y no se deja, cuando decide devora no solamente a seres humanos sino a toda una región. Para que nos liberemos de su sagacidad debemos entrar a su interior y desde adentro liberar nuestro ser para renacer libre y transformado (Jung, 2008: p.261). La figura de la ballena, ese dragón bíblico del mar es uno de los grandes arquetipos de la cueva materna donde figuran dicotomías siempre presentes en la vida como la vida/muerte, luz/oscuridad, comodidad del cobijo o la incomodidad necesaria de salir para conocer y desarrollarse. El pasaje bíblico de Jonás donde “Jehová tenía preparado un gran pez” que lo tragase nos muestra a una ballena que bien puede representar dos encuadramientos anímicos: un estado exterior, marcado por la monstruosidad y el terror; y un estado interior, marcado por la paz y la bondad. Esta idea primaria de un interior y un exterior y, por oposición, la idea de los opuestos complementarios se origina desde el útero materno.

La Segunda Piel

La segunda piel corresponde a la piel ya descrita en el anterior capítulo, nuestra epidermis. Veamos ahora que geometrias encontramos en ella. La piel

es el borde, el envoltorio y contenedor de algo que está adentro. Obviamente que ese algo son nuestros órganos y todo el cuerpo físico. Este envoltorio es un envoltorio de superficies sinusoidales al mismo tiempo que acompañan la geometría de los huesos en volúmenes abovedados. Podemos así afirmar que nuestra idea de un borde ovalado se mantiene en la piel. Una vez más esta piel determina la idea de un límite que nos permite conectar entre un interior y un exterior. Por analogía reconocemos en nosotros y en el entorno pieles que establecen el límite y a su vez el diálogo entre dos realidades.

La Tercera Piel

La tercera piel es la ropa, elemento de profunda conexión entre nuestro ser individual y la comunidad. La ropa es, por así decir, la imagen que nos expone al exterior, configurando nuestra personalidad, es decir, la construcción de una *máscara* que nos hace pertenecer a un grupo en función de un imaginario que lo define. La ropa que nos ponemos nos define en relación a los demás dado que comunica al designar un mensaje en función de un lenguaje propio. Si suprimimos la ropa, es decir, nos desnudamos estamos desprotegidos. La ropa funciona así como un elemento de protección, una cáscara que nos protege de la mirada de los demás y nos permite ser lo que queremos que el otro vea en nosotros. Al desnudarse podemos ser varias *personas* dado que ya no hay nada que nos defina como propio además de nuestro propio cuerpo. La ropa considerada como elemento protector es, además de una protección contra las condiciones climáticas, un protector de nuestra *persona*. La ropa, tal como la piel es una superficie que se ajusta y adapta a la anterior, a lo que tiene que envolver al mismo tiempo que crea un escenario y una imagen distinta de lo que envuelve. Como tal la ropa como superficie define la conexión de cada ser humano en su contexto social. La vestimenta es una herramienta de significación, un lenguaje de un discurso social.

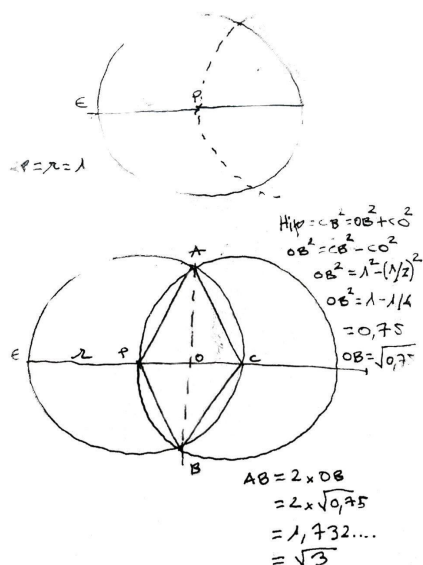
La Cuarta Piel

La cuarta piel es nuestro biocampo, ese espacio electromagnético que circunscribe nuestro cuerpo físico. No solo somos energía vibrando sino que estamos rodeados de energía. Independiente de las demostraciones de la ciencia de la Física el siglo pasado o, porque no, de las creencias de cada individuo, sabemos al día de hoy que antes de Newton o Einstein, ya los antiguos orientales no solo sabían de este cuerpo geométrico de vibraciones al que le llamaban *Aura* compuesta de Prana, Ki o electromagnetismo. Este biocampo transporta estados de información en compartimientos de onda que circulan alrededor de nuestro cuerpo entrando al cuerpo por nuestra cabeza y coronilla y saliendo por nuestros genitales, hueso sacro, manos, pies. Al salir, la energía vuelve a entrar girando en un eterno campo ovalado que nos cubre.

Este campo ovalado en definitiva tiene una geometría muy particular que se llama toroide. Un toroide es una figura geométrica que se constituye por un círculo en rotación teniendo un punto o eje central axial. Desde arriba, es decir, si hacemos un corte al toroide podemos ver dos círculos con un punto de tangencia en el centro. También podemos considerar un toroide por la rotación de un círculo pasante de su eje de rotación. Esta última explicación geométrica

la podemos traducir en una figura originada a partir de la imagen de un círculo que es interceptado por otro círculo de igual radio o que es originado por el mismo radio del círculo anterior (Figura 3).

Figura 3. Construcción de un toroide a partir de dos círculos generados por el mismo radio.

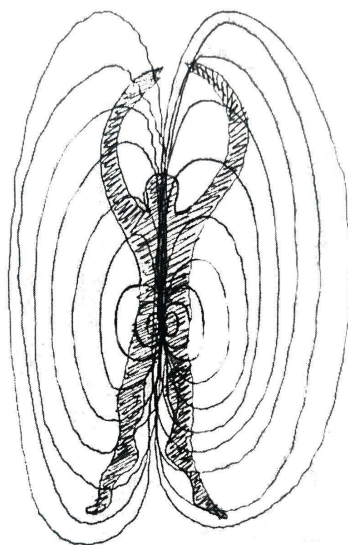


Marco Aresta

En términos de imaginario, el gran núcleo del toroide - su centro y semilla - empieza a moverse en movimientos espiralados y rotatorios originando el volumen. Este toroide contiene el Todo y la Nada y se equipara con la Gran Diosa que es, a la vez, vida y muerte y que, al mismo tiempo, corresponde a la fuerza cíclica de renovación para la transformación. Al activarse los anillos del toroide, este entra en constante movimiento lo que crea una concentración energética que evoluciona en estructuras complejas en la búsqueda del equilibrio formal. La misma geometría tridimensional del toroide la encontramos en nuestro biocampo (Figura 4).

Es interesante cuando nos damos cuenta que este envoltorio sigue la misma morfología ovalada de una estructura abovedada; es, una vez más nuestro cascarón que nos protege, noción de piel protectora y de cobijo, volvemos a la idea primigenia de la morfología del útero.

Figura 4. Representación de un toroide energético en un campo electromagnético con su vortex central presente en nuestro cuerpo, llamado biocampo.



Marco Aresta

Como si estas analogías hasta ahora no fueran suficientes para darnos cuenta de la importancia morfológica de estas pieles, al mismo tiempo que constituyen metáforas de nuestras arquitecturas, también se imponen como referentes físicos innegables que nos condicionan y nos estructuran; veamos las próximas pieles.

La Quinta Piel

La quinta piel es la misma vivienda. En esta piel podemos establecer una analogía de manera directa y sin mucho esfuerzo con la arquitectura, podemos entender porque ella es reducto de nuestro habitar y también nuestra piel como límite protector y nuestro borde de conexión con el entorno y nuestra imagen identitaria.

Pero la quinta piel no es solamente vivienda, sino también casa, hogar y cobijo. Veamos. Al hablar de la quinta piel como vivienda directamente hablamos del acto de “vivir”. “Vivienda” viene del latín “vivere” que significa: existir, subsistir. Este significado nos lleva por oposición a estar muerto. *Vivere* es no estar muerto. Esto es interesante porque la vivienda es por definición un “lugar cerrado donde habitan las personas”, con lo cual no es un sepulcro a diferencia

de un cobijo como cueva que lo podemos asociar no solamente a un lugar de la vida como también a un lugar de la muerte.

Cuando hablamos de la quinta piel como “casa” la identificamos con algo que nos cubre, que nos tapa. La palabra latina “las” viene del hebreo כִּסָּא (Kisá) que es igual a tejer y cubrir. Por un lado podemos agarrarnos del significado de tejer para entender que las primeras construcciones eran palos colocados contra el tronco de un árbol para cubrir a sotavento o ramadas de árboles entrecruzadas o colocadas de manera recíproca de forma de sostenerse y así generar “casas”. Los pájaros tejedores construyen sus “casas” directamente tejiendo ramitas de árboles de manera de hacer espacios ovalados de protección para sus nidos. Nos cubrimos con mantas y sábanas en la cama con el objetivo de estar confortables para nuestro sueño y también quien no ha jugado con las sábanas blancas de la cama que se elevan y caen lentamente sobre nuestra piel en esa sensación fugaz y a la vez paulatina de que hay algo que por primera vez nos cubre y teje nuestro bienestar. Por último es interesante el significado de “tejer” en el sentido que la casa, tal como el “casamiento” nos une a un estado de entretejido que nos cubre con un propósito de protección y de potenciar nuestro desarrollo.

Por otro lado tenemos la noción de “hogar”. La quinta piel como el envoltorio que permite “fogear”. La palabra “hogar” deriva del latín “Focus” como el lugar donde se prepara el fuego de la hoguera para calentarse y cocinar. Este lugar del fuego es importantísimo en la configuración de la idea de un lugar, una cueva que pasa a ser habitada por una comunidad y/o familia. Al hacerse el fuego permitimos iluminar ese espacio interno desconocido además de permitir quedarnos con confort y posibilidad de cocinar nuestros alimentos. Es el fuego en el “hogar” que confiere al interior de la quinta piel la dimensión de cueva como útero habitado en permanencia y constancia. De ahí no necesitamos salir.

A los significados anteriores se junta la idea de “cobijo”. Este significado nos devuelve la espacialidad de la primera piel, el útero materno, espacio primigenio donde por primera vez estamos cobijados. Al salir de la panza calentita deambulamos añorando y buscando situaciones de ser cobijados. Nos cobijamos en los brazos de la madre, en el regazo “cucharita” de una amante, en la posición fetal de nuestro propio cuerpo, en una cueva, en el fondo de la pileta calentita. Todas estas sensaciones nos llevan a la etimología de la palabra cobijo que proviene de la palabra latina cubiculum que significa dormitorio. Un dormitorio no en el sentido de espacio arquitectónico sino en el sentido de espacio que nos relaja y nos hace descansar. Es la gran ampliación de los anteriores conceptos como espacios de protección, es lo que nos da el sentido de resguardo y seguridad a una persona, a un ser vivo. El “cobijo” puede ser un espacio físico o también puede ser un apoyo emocional y psicológico que brinda consuelo y tranquilidad en momentos de angustia y ansiedad. Al llegar al cobijo me encuentro en los brazos de la Paz donde todo es serenidad.

La Sexta Piel

La sexta piel es la que podemos asociar a la cuarta piel descrita por Hundertwasser. Esta piel corresponde a la comunidad y al entorno social que nos condiciona, forma, nos identifica y nos personaliza. En la cultura está el símbolo colectivo, arquetipo que define una noción de identidad.

Estas geometrías conforman nuestro imaginario colectivo e ilustran conceptos universales, o como le llamó C. G. Jung⁴, arquetipos⁵. Hablo de arquetipos, ideas (en griego se puede traducir como “forma”) originales (origen: *arjé*) que son independientes de la cultura pero actúan como constructores de modelos culturales que se repiten universalmente. Es también en la búsqueda de nuestro cobijo que surgen los arquetipos que forman nuestras metáforas y configuran nuestras ideas espaciales. Esos modelos universales están presentes en cualquier entorno y en la humanidad de manera permanente (Aresta, 2019). Los arquetipos son símbolos impuestos e infiltrados en la sociedad por nuestros mitos, cuentos, historietas infantiles, ritos, músicas que desde que nacemos nos definen. Por lo tanto es difícil quedarse indiferente a un símbolo, ellos nos modelan. La sexta piel es el borde de intercambio más amplio, nuestro entorno social. Tal como descrito anteriormente es la familia, el barrio, el grupo de amigos que nos condicionan al punto que nos estructura simbólicamente en un contexto de pertenencia.

La Séptima Piel

La séptima piel es la atmósfera terrestre con su bóveda celestial. Tal como las primeras estructuras de la naturaleza que nos sirven de techo son estructuras abovedadas, ovoides y superficies curvas que abrazan nuestra cabeza y nuestro cuerpo y determinan nuestra concepción espacialidad en relación al cobijo; también la *bóveda celeste* es una inmensa piel esférica que nos cubre.

La cúpula que nos cobija está desde el útero materno, a los brazos de la madre, luego de familia, amigos y compañeros. La cúpula que abraza nuestras cabezas está en la copa del árbol, en la caverna. La cúpula que nos hace crear está en la construcción de nuestro imaginario y nuestro universo simbólico. La *bóveda celeste* está en nuestros templos, sepulcros, en nuestras casas, en nuestro Habitar. Esta espacialidad tiene su expresión máxima en la estructuras abovedadas de templos, tal como el crucero de las catedrales cristianas, las stûpas budistas, las sinagogas, la quibbah de las mezquitas islámicas, etcétera; pero también en la construcción de casas (Figura 5).

⁴ Carl Gustav Jung (1875-1961). Médico psiquiatra, psicólogo y ensayista suizo, figura clave en la etapa inicial del psicoanálisis; posteriormente, fundador de la escuela de psicología analítica, también llamada psicología de los complejos y psicología profunda.

⁵ Se considera el concepto “arquetipo” como la expresión que surge en la antigüedad griega como sinónimo de “idea” en el sentido platónico. En este aspecto, se expresan las formas sustanciales de las cosas que existen eternamente como “ideas primordiales”. En la concepción platónica, la “Idea” es superior o preexistente a todo fenómeno. Jung (1938) recupera el mismo concepto de arquetipo con el objetivo de explicar las imágenes que se forman en la psique del ser humano y le agrega un nuevo concepto, el de “complejo”. Cada “complejo” es un grupo de imágenes relacionadas entre sí, formadas en torno a un núcleo central de significado que, en su esencia, es arquetípico.

Figura 5. Estructura abovedada de ladrillo en el techo de la vivienda “Susurros del Viento”



Marco Aresta

Asociado a la séptima piel pero también en las anteriores geometrías de las pieles descritas surge el Arco. Un elemento tan simple como el arco arquitectónico, posee un valor simbólico tan importante como el de un pasaje iniciático, como en los arcos de la caverna. Las cúpulas son estructuras abovedadas compuestas de varios arcos en un movimiento de simetría rotatoria. También se puede dar la situación de arcos que se trasladan por una directriz y dibujan espacialmente bóvedas. Así, un arco que descansa sobre dos pilares no es más que una sección vertical de una bóveda o cúpula. La clave del arco o la clave de la cúpula que ocupa la sumidad de la superficie tienen el mismo simbolismo. En el caso de la masonería, esta pieza somera correspondía a la salida de la caverna y la ascensión al mundo celeste después del “tercer nacimiento”, el nacimiento espiritual. Es la “*piedra cimera*”, la “*piedra celestial*” o la “*piedra filosofal*”. Estos puntos cimeros son las enumeradas estrellas que unen nuestra mirada y nuestro imaginario al mundo celestial de los Dioses y Diosas.

La geometría de la bóveda celeste es la superficie de un gran toroide vivenciado desde adentro, por fin volvemos al gran espacio uterino de la Gran Diosa que ahora nos abraza y nos cubre de un paño dentro de un óvalo de agua serena. Cuando por la noche miramos el cielo y encontramos el ombligo

de la diosa en la luna o ese elemento de luz que propicia la salida hacia afuera nos damos cuenta que estamos cobijados dentro de una espacialidad abovedada, panza y reducto de nuestro propio Ser.

Conclusión

La Arquitectura, considerada como nuestra piel, debe ser la más alta manifestación del Arte dado que alberga la posibilidad de que el ser humano se desarrolle y se manifieste como artista y como ser creativo (Aresta, 2021). Es la arquitectura que configura de manera más incisiva nuestra identidad espacial y, por supuesto, es la geometría como herramienta de diseño y construcción que determina las morfologías que definen el imaginario y estructuran el significado del ser humano en su contexto físico.

La geometría de la piel y las propias pieles no son simplemente metáforas con que trabajar para el diseño de morfologías en el Arte y la Arquitectura, sino que se asumen como entidades concretas y establecen un discurso geométrico que impacta en el Habitar.

Con lo anterior quiero decir que si consideramos la geometría presente en las múltiples pieles que nos dan identidad por construcción de sentido en términos físicos, imaginativos y simbólicos, al punto en que podemos aplicarlas al diseño de espacios y formas arquitectónicas, podemos llegar a entender la arquitectura como la gran traductora de nuestras pieles, es decir, una arquitectura que incorpora en sí geometrías que nos son propias y permiten un intercambio más efectivo y adecuado entre el ser humano y su entorno físico, biológico, social y cultural.

Como tal, este artículo hace parte de otros escritos en que a menudo se ha expuesto la importancia de las geometrías de nuestro cuerpo y de la construcción de sentido y la manera en cómo impactan en el sentir, pensar y hacer del ser humano. Sentir profundizando en el análisis y seguir trabajando la geometría de nuestras pieles es clave para *nosce te ipsum* (“conocernos a nosotros mismos”). Tal fundamento tiene como objetivo mayor materializar arquitecturas humanizadas, efectivas pieles y vestimentas del ser humano, que lo cobijen, lo cubran, lo tejan y le permitan vivir de manera próspera y sana.

Bibliografía

Libro:

ARESTA, Marco (2014). *Arquitectura Biológica – La vivienda como organismo vivo*. Buenos Aires: Diseño

ARESTA, Marco (2019). *Arquitecturas Biológicas: La Pasión por la Forma*. Buenos Aires: Diseño.

ANDACHT, Fernando (2008). *Self y creatividad en el pragmatismo de C.S.Peirce: “la incidencia del instante presente en la conducta”*. Vol. Materialidades, discursividades y culturas. Los retos de la semiótica Latinoamericana. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo

BACHELARD, Gaston (1957). *La Poética del Espacio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica

DAMÁSIO, Antonio (2011). *El error de Descartes: La emoción, la razón y el cerebro humano*. Barcelona: Ediciones Destino

DOBERTI, Roberto (2011). *Habitar*. Buenos Aires: Nobuko

GUÉNON, René. (1925/1950). *Símbolos Fundamentales de la Ciencia Sagrada*. EUA: Ediciones Paidós.

HARRY, Rand (2003). *Hundertwasser*. Colonia: Taschen

JUNG, Carl Gustav (2008). *Símbolos de transformación*. Buenos Aires: Paidós

PALLASMAA, Juhani (2000). *Los ojos de la piel: la arquitectura y los sentidos*. Barcelona: Gustavo Gili

SALTZMAN, Andrea (2019). *La metáfora de la piel: sobre el diseño de la vestimenta*. Buenos Aires: Paidós

SIEGEL, Daniel J. (2007). *La Mente en Desarrollo: como interactúan las relaciones y el cerebro para modelar nuestro ser*. Bilbao: ed. Desclee de Brouwer

Artículo de revista:

Aresta, Marco (2021); *Arquitecturas del Ser Humano, el espacio sano y sagrado*. revista *Arquitectura y Sociedad*, volumen 1: 36-53

Material online:

Silvia (2021) *Las 5 pieles de Hundertwasser. René soluciones para un hogar saludable y eficiente*. Recuperado el Mayo de 2021 de: <https://www.espairene.com/las-5-pieles-de-hundertwasser/>